



Los oficios del periodista

Jorge Alcalde, Matías Antolín,
Tomás Delclòs, Arcadi Espada,
Joaquím Ibarz, Fernando García,
Mariano Gistaín, Gustavo Sierra

y un dibujo de
Antonio Fraguas, "Forges"

- © 2004 de esta edición, Asociación de la Prensa de Aragón – Congreso Nacional de Periodismo Digital
- © 2004 de los textos, cada uno de los autores: Jorge Alcalde, Matías Antolín, Tomás Delclós, Arcadi Espada, Joaquím Ibarz, Fernando García Mongay, Mariano Gistaín y Gustavo Sierra.
- © del dibujo, Antonio Fraguas, *Forges*
- © Foto portada: Fernando García

Depósito Legal: HU-213

Impresión: Gráficas Huesca

Printed in Spain – Impreso en España

La edición digital de este libro se puede encontrar en Internet:

www.aparagon.es

www.congresoperiodismo.com/ocho

Los oficios del periodista

Jorge Alcalde, Matías Antolín, Tomás Delclós,
Arcadi Espada, Joaquím Ibarz, Fernando García,
Mariano Gistaín, Gustavo Sierra

y un dibujo de Antonio Fraguas, “Forges”

ASOCIACIÓN DE LA PRENSA DE ARAGÓN

CONGRESO PERIODISMO DIGITAL

CINCO CONGRESOS DE PERIODISMO DIGITAL

Samuel Barraguer

Presidente de la Asociación de la Prensa de Aragón

Desde el año 2000, Huesca reúne en el mes de enero a los periodistas digitales españoles. Por las cinco ediciones del congreso de periodismo digital han pasado cerca de 1.500 periodistas y han intervenido más de 200 profesionales de 120 medios, universidades y empresas. Organizado por la Asociación de la Prensa de Aragón y el Ayuntamiento de Huesca, el Congreso Nacional de Periodismo Digital se ha convertido en una referencia internacional.

Cuando finalizó la edición del congreso de enero de 2004, la organización planteó la necesidad de festejar de alguna forma el quinto cumpleaños. Para hacerlo, se solicitó a ocho periodistas y al humorista gráfico Antonio Fraguas, Forges, que aportaran un texto para la publicación de este libro que pretende ser un regalo de cumpleaños para aquellos que año tras año han llenado la sala del congreso. También quiere ser un reconocimiento explícito a aquellos

que han colaborado de forma desinteresada en su consolidación, tanto ponentes como congresistas y patrocinadores. Me gustaría que este libro sirviera también para recordar el magnífico trabajo realizado por Fernando García Mongay como director del Congreso en todas las ediciones. Es tan importante tener ideas como llevarlas a cabo. Algo que también puede decirse de Ramón Buetas, presidente de la Asociación de la Prensa de Aragón durante los últimos cuatro años. Sin su empeño, el Congreso no habría salido adelante.

Agradecemos a Jorge Alcalde, Matías Antolín, Tomás Delclós, Arcadi Espada, Antonio Fraguas, Mariano Gistaín, Fernando García Mongay, Joaquín Ibarz y Gustavo Sierra su generosa colaboración en el libro que festeja las cinco ediciones del congreso de periodismo digital de Huesca.

También queremos reseñar que sin la colaboración de Gobierno de Aragón, Ayuntamiento de Huesca, Diputación Provincial de Huesca, Ibercaja, Zaragoza 2008 y Microsoft, patrocinadores del congreso, no habría sido posible que se pudiera alcanzar cinco ediciones y que ya nos encontremos preparando la sexta, que se celebrará en enero de 2005.

Disfruten con la lectura de este libro tanto como nosotros lo hemos hecho en su preparación.

Antonio Fraguas, "Forges"



LA MÁQUINA DE LA REALIDAD

Jorge Alcalde

Tal como vaticinara Gonzalo Rojas, la máquina de la realidad ha envejecido. Se ha desgastado hasta el punto de producir una copia cada vez menos afinada, más grosera, en más baja resolución. Se le ve el grano a la foto realista que pretendemos pintar hoy los que escribimos en periódicos y revistas, los que hablamos en la radio, los que ponemos el rostro a enmarcar entre las cuatro esquinitas de la televisión. Nos saltan los píxeles a borbotones y empezamos a correr el riesgo de que se nos vea la trama, de que se nos conozca como somos: frágiles, dubitativos, pero aún vanidosos. Hinchidos de un poder de ordinal indefinido supuestamente otorgado, como una Carta Magna que no se escribió jamás.

Y por efecto de este desvalijamiento general de la máquina de reproducir verdades, resulta que ha crecido kilométricamente el trecho que hay del hecho al dicho. Ya no hay nada más alejado de la realidad, dicen, que el lienzo que emborronamos cada mañana los periodistas con nuestro prestigiado esfuerzo.

¿Cuál es hoy el valor de una “buena información”? ¿Cómo se mide su bondad? ¿Estamos seguros de poder afirmar sin sonrojarnos que vale más cuanto más se acerque a la realidad de la que nace?

No es fácil decidirse por una respuesta en un país en el que se ha instaurado con toda naturalidad la idea de que, para conocer la verdad, hay que leer todos los periódicos, escuchar todas las emisoras de radio, ver todas las cadenas de televisión posibles... y luego crearse una imagen propia de los hechos. Lo cual viene a ser lo mismo que decir que ningún periódico, ninguna emisora, ninguna cadena televisiva dice, por separado, la verdad. Que nos ganamos la vida a base de pequeñas mentiras que conforman en su conjunto un puzzle bastante verosímil.

La dictadura de la realidad se ha revelado como una dictablanda. Frente a su deseable tiranía se erigen la tiranía del espacio maquetado, la tiranía de las imágenes imprescindibles, la del anuncio, la de la influencia. Están la tiranía de la prisa, la del compromiso, la del corporativismo, la de la corrección política, la ominosa tiranía de la escasez de medios económicos y los míseros salarios de becario, la de la inestabilidad, la de la concentración, la de las audiencias, la del título explosivo, la del ego... Hay demasiadas capas de gruesa y dura lana, demasiados colchones de pluma de ganso prensada antes de llegar al guisante que da razón a nuestro quehacer: el guisante del suceso, del acontecimiento, del escándalo... el de la cochina realidad, en suma.

Puede que empezara a pensar en ello (aunque quizás no, ¡qué importa!) cuando caí por primera vez en que medio mundo estaba pendiente del televisor aventando pasiones frente a una imagen que era el mismísimo paradigma de la nada. En la primera Guerra del Golfo causó sensación la proyección de imágenes nocturnas, captadas seguro con cámaras superexpuestas, del cielo de Bagdad mientras los aviones USA bombardeaban la ciudad y las febles baterías antiaéreas iraquíes trataban de repeler el ataque. La pantalla completa del televisor se llenaba con un fondo verde oscuro sobre el que, de vez en cuando, se salpicaba una ráfaga de neones en enjambre ascendente. El único efecto añadido al evento era el traqueteo de los cañones: lejano, frío, seco, débil... diríase que inofensivo. La imagen nos dejó tan atónitos, anduvimos tan prestos a glosar el cambio social que suponía aquel ejercicio de transmisión en directo de la guerra, que no nos dimos cuenta de que, en realidad, no habíamos visto absolutamente nada.

Nadie juzgó la calidad informativa de la escena, nadie dudó de que se trataba de lo que decían que se trataba. ¿Y si hubiera sido un error, un montaje, una interferencia? Aquel fondo verde oscuro podría ser tanto el cielo de Bagdad como el monitor apagado de un ordenador en la sede central de la *CNN* en Atlanta. Aquellos chispazos de plomo cargados por

el mismo Marte bien podrían haber sido creados por la hija de Ted Turner agitando un par de bengalas.

Lo más probable es que todo aquello fuera exactamente tal como nos decían, pero entre las muchas cosas que se perdieron en aquellos belicosos días, una (y no la menos importante) fue nuestra capacidad de escepticismo. Impreso como si se tratara de una pegatina promocional sobre el bombardeado cielo que vio nacer al imperio persa aparecía el logo de la *CNN* y una frase totémica que impregnaba de credibilidad lo que nuestros ojos no acertaban a procesar: *Live from Baghdad*. Eso era suficiente, no cabía la menor duda. *CNN, Live from Baghdad*, fue todo lo que necesitamos saber para cargar de crédito al socorrido plano general nocturno.

A menudo he imaginado cuán fina es la frontera entre la realidad y el fraude, cuán irresistible puede llegar a ser la tentación de manipular. Bastaba con que el operario de rotulación de la *CNN*, harto de aguantar las salidas de tono de su jefe, asqueado por su sueldo o por que su equipo de fútbol hace 23 años que no juega una *Supebowl*, cambiara unas cuantas letras: *Live from New York*. Es difícil calibrar las consecuencias de semejante “broma”. Pero parece evidente que serían mucho mayores de lo que cabría esperar de una simple errata. Porque lo importante de aquello que ocurría ante nuestros ojos no era el cielo insoportablemente oscuro, ni las

amenazantes ráfagas, ni siquiera la certeza de que se trataba de Bagdad. Lo que verdaderamente nos importaba entonces era que el paquete venía envuelto bajo el logo de la *CNN* y cualquier cosa que aquella noche de insomnio hubiera pasado por delante de nuestros ojos con ese sello nos habría parecido igual de verosímil.

No me es posible buscar referentes similares en otras profesiones. Si al anestésista se le ocurre jugar con las dosis de sevoflurano para ver qué reacción producen en el estado del paciente mientras dormita en la mesa a punto de que le partan el esternón por la mitad, el efecto es antagónico al de nuestro amigo, el rotulador de la *CNN*. El anestésista habrá producido la muerte de un ser al que se pretendía salvar. Con la información el efecto puede ser incontrolado, catastrófico, indeseado, absurdo... pero en esencia no habrá producido quiebra alguna en el sistema en el que se inserta. La mala información, la información errónea, no deja de ser información. La anestesia adulterada deja, en el mismo momento de su adulteración, de considerarse anestesia y se torna veneno.

Quizás yazca en esta sutil diferencia una de las razones por las cuales existe el periodismo basura y no son concebibles la anestesiología basura, la neurocirugía basura o la ingeniería basura de montes. Uno puede ganarse la vida (y vive Dios que muy

bien) vendiendo información en alto estado de putrefacción. Pero no hay modo de salir adelante subiendo un par de puntos porcentuales la concentración alveolar mínima de un gas anestésico. No lo intentes, si lo haces, estás de patitas en la calle.

Aquel *Live from Baghdad* no era muy distinto a la costra de chapapote que exhibían dos submarinistas mirado a la cámara y que merecieron la portada del diario *El Mundo* en plena crisis del petrolero *Prestige*. La imagen ocupaba cuatro columnas como prueba irrefutable de que la marea negra había llegado a los fondos del Parque Natural Islas Cíes. De ser así, la catástrofe ecológica se presentaba con proporciones indescriptibles. Y debía de ser así: la foto de *El Mundo* lo demostraba.

Aunque, en realidad, la foto de *El Mundo*, por sí sola, no demostraba nada. No mostraba si aquellos submarinistas anónimos eran ecologistas, biólogos o figurantes. No mostraba si el medio arenoso que pisaban era el vivaz lecho de las Cíes o el fondo de una piscina sucia. No permitía establecer visión con profundidad suficiente para calibrar cuán grande era la mancha de fuel. Ni siquiera era uno capaz de distinguir si lo que sujetaban aquellos hombres (¿o mujeres?) era una galleta de chapapote o una bolsa de basura. Realmente, el valor testimonial de aquella imagen era una variable que tendía a cero. Y sin embargo los responsables de la edición nacional de

El Mundo le dieron la portada. Ellos sabían que no estaban mintiendo, eran conscientes de que estaban publicando una información buena, de que aquellas fotos habían sido tomadas en exclusiva por un reportero experto en el mismísimo fondo de las Cíes y que el chapapote era parte del vertido del *Prestige*. Por eso decidieron salir con aquello en portada. Pero no encontraron necesidad de explicar a todos sus lectores los porqués de su certeza. Les bastaba con la autoridad otorgada por el paraguas de la cabecera: el logo de *El Mundo*. A esto se le llama credibilidad. Y es el mayor tesoro de un medio de comunicación. Y no es fácil comprender cómo se logra.

Lo malo es que la credibilidad es un concepto que comparte demasiadas atribuciones (y no sólo fonéticas) con la credulidad. Si explotamos demasiado nuestra credibilidad, estaremos forzando a nuestros lectores a que nos crean “por que sí”, a que sean crédulos.

Y, en ese momento, dará igual que les estemos contando una verdad como un templo: el espíritu acrítico y la falta de escepticismo habrán conformado un medio ambiente incapaz de reaccionar de manera distinta ante la verdad que ante la mentira. Habremos convertido nuestra profesión en una máquina de contar historias verosímiles en lugar de veraces. ¿Y es que no lo hemos hecho ya?

Quizás ya se haya dado ese paso hacia el envejecimiento de la máquina de la realidad. Uno de sus engranajes, el que dota al lector de herramientas para calibrar el grado de veracidad de una historia, empieza a rechinar. Ya no es necesario recambiarlo por otro nuevo, simplemente lo obviamos. La verdad no es moneda de cambio cuando no hay modo humano de medirla. Así que sustituyamos lo veraz por lo verosímil. Y la realidad ya no será como nos la cuentan, sino porque nos la cuentan.

¿De qué otro modo, si no, puede justificarse que una periodista del corazón, *sorprendida in fraganti* por un equipo de cámara oculta mientras propone una suerte de montaje a un neofamoso pueda permitirse el lujo de seguir sentando cátedra en el mundo rosa sin haber perdido un ápice de credibilidad? Quizás no fuera descabellado pensar que tras el asunto de la cámara oculta, la comunicadora en cuestión debería haber encontrado ciertas dificultades para hacerse creer. Pero no. Su autoridad sigue inmaculada y millones de personas disfrutan de sus apariciones públicas porque consideran que lo que cuenta es verdad. ¿O simplemente es verosímil?

Ya sabes, ¿para qué vas a jugar con el gas de la anestesia si es más fácil y te sale más barato jugarle la credibilidad en cada esquina?.

Hay quien piensa, sin embargo, que algún día daremos la vuelta para buscar de nuevo los ojos

crédulos de nuestro lector ilusionado y nos encontraremos con su velluda espalda. Que quizás el bálsamo de la credibilidad sobrevenida empieza a destilar sus últimas gotas. Puede que sea por eso por lo que la audiencia de los periódicos, en términos relativos, sigue siendo hoy la misma que en 1936. Puede que por eso los jóvenes comiencen a rehuir la lectura de los diarios y las revistas, como el espectador del mal partido de fútbol que se levanta del asiento y abandona el campo antes del minuto 90. Puede que sea por eso por lo que los blogs, los videojuegos, los chats y demás quisicosas digitales suenan en el horizonte como pretendida amenaza a la hegemonía de los medios tradicionales.

O puede que no.

Mientras tanto, sigamos alimentándonos, nutrida casta de periodistas, ejército de detentores del cuarto poder, del néctar que rezuma nuestro propio ego al vernos en las pantallas proyectados, al silabear nuestro nombre amartillado sobre el papel en *New Aster Bold Italic 9 puntos* y al que llamamos firma.

PERIODISMO Y BASURA

Matías Antolín

Hola, amigos de Huesca.... Pasaba por aquí y me han colocado haciendo bulto en una cuadrilla, donde me siento espontáneo, tras ser cabecera de cartel un primer espada como Arcadi. En esta mesa todos tienen más tablas que un carpintero. Yo solo hablo en presencia de mi abogado o de mi folio. He comprobado que las lecciones no se dan, se reciben. He ardidado durante unos minutos en la hoguera de vanidades al escuchar las generosas palabras de presentación que me ha regalado el amigo, colega, cómplice Jorge Alcalde. Sólo él podía presentar a este impresentable. Confío en que al terminar mi perorata, la autoridad, por supuesto intelectual de esta sala, busque a este sujeto, con verbo y predicado, para lincharle, pues ha sido el irresponsable que me ha invitado a venir, a sabiendas de que en carencias culturales de periodismo digital soy la máxima autoridad de esta mesa. Ya que estoy aquí, quisiera saludar con respeto y admiración a Fernando García, creador de este evento y director del prestigioso congreso. También es un honor compartir cartel con Arcadi Espada,

Pepa Bueno y otros ilustres colegas. Yo no merecía tanto. Mi problema es ecológico por la cantidad de bosque que malgasto manchando tanto papel de tinta. Ay. En esto del digital y tal estoy más alejado de la realidad que un ermitaño, pero gracias, porque pocas cosas pueden ser más gratas para mí que una ocasión como ésta, en que me dais la oportunidad de hablar, entre periodistas, de periodismo.

Yo sólo hablo en presencia de mi abogado o de mi folio, escudo de mi timidez; es una forma de bajar la cabeza respetuosamente ante ustedes. Hablo a la sombra de un epígrafe, “ÉTICA Y COMUNICACIÓN”, y pienso que si te asomas al interior de cualquier medio, estas dos palabras parecen incompatibles. La palabra ética no está en el diccionario de muchos periodistas. Cuando me invitaron a hablar de “Periodismo y basura”, dudé si me llamaron por lo de “periodista” o por lo de “basura”, ahora sé que vengo a hablar de ética. Pido la palabra para hablar de periodistas, del control de los medios, de la concentración de éstos como realidad inquietante, de cómo se disfrazaba de información la propaganda a través de los gabinetes de comunicación, y de lo que los receptores (oyentes, lectores, espectadores) piensan de los periodistas.

Erase un día en que iba Raúl del Pozo niño a la escuela en un pueblo de la sierra de Cuenca. Al llegar al melonar del Tío Culón, creyó ver dos espantapá-

jaros. Se acercó y comprobó que eran dos muertos. Salió corriendo y gritó por todas las calles: “Hay dos hombres colgados en el melonar del Tío Culón”. Fue la primera noticia que dio. Aprendí de Raúl del Pozo que periodista es aquel capaz de resumir El Quijote en un folio diciendo el lugar exacto de La Mancha, y que un buen reportero es aquel que cuando le envían a entrevistar a un hombre que se ha comido una moto, no pregunta más que por la digestión.

Manuel Azaña resumió con cucharadas soperas de lucidez lo que muchos pensamos. Dijo así: “Al español le gusta tener libertad de decir y pensar lo que se le antoja, pero tolera difícilmente que otro español goce de la misma libertad, y piense y diga lo contrario de lo que él opina”. Después de 25 años de periodista, he llegado a la conclusión de que no se puede ser aséptico, y uno se moja, se imbrica hasta las cachas en lo que quiere contar. Lo único importante es tener los bolsillos llenos de información y la cabeza dispuesta a triturar lo obvio y procesar lo que puede ser de interés al ciudadano. La lealtad es palabra poco frecuente entre políticos y periodistas. Respetar la palabra dada parece incompatible con tales oficios. Nos consideramos mutuamente desleales, ambiciosos, manipuladores, ególatras, demagogos y oportunistas. Esto se agrava cuando llega el tiempo de elecciones. En estos trances, los políticos persiguen

a los periodistas para que actuemos de portavoces de sus ideas, en el caso de los políticos que tienen alguna idea, la mayoría suele tener ocurrencias. La autocrítica es salud ética, y hablar de periodistas es hablar de uno mismo que es lo que se tiene más mano. Pertenezco a esa turba que configuran figuras y figurantes. Cohabito con excelentes periodistas, pero también con inquisidores, mercaderes de palabras, tiranos de la información, gacetilleros cagatintas, cotorras de alcoba, relamidos soplamicros... El sensacionalismo de algunas primeras páginas, o esos titulares a cinco columnas, no es más que vender el espectáculo de la noticia, el amarillismo del suceso, el morbo. Hay diarios más amarillos que la hepatitis B. También hemos comprobado que la TV no es para verla sino para aparecer en ella. El hecho de que seamos especialistas en pájaros, no quiere decir que sepamos volar. Y hablando de pajarillos y pajaracos, quizá sea oportuno reseñar aquí esos...

Iconos estúpidos de aldea global
(o Los tontos del bote televisivo)

Cómo me la maravillaría yo para hablar del telepetardeo y la cutremanía nacional. Como diría Chumi Chumez, yo todo lo que ignoro, lo he aprendido en la tele. Subyugado por la entronización en TV

de la estupidez de unos *personajetas* patéticos más insípidos que la saliva, fenómenos de feria televisisa, compruebo que la ignorancia no es humilde, es pretenciosa, insolente y atrevida. El chisme agrada, pero el chismoso enfada, y el virus del famoseo hortera ha contaminado a todas las cadenas de televisión y emisoras de radio. Tenía razón Quevedo, todos los que parecen estúpidos, lo son; y además también lo son la mitad de los que no lo parecen. Todo se esperpentiza. Vivimos la apoteosis de la mediocridad, la dictadura del tontolitarismo, y muchos personajillos, que llevan de flor en flor el polen de la alcahuetería, aprovechan cualquier surco para sembrar su pensamiento pigmeo, su inenarrable cretinez. Lo cutre no quita lo valiente, pero tal vez no deberíamos hablar de esos presuntos parásitos que zumban alrededor de nuestra oreja promiscua, sin la presencia de un abogado, porque no se puede tener corazón con esas larvas del mamoneo. Esa caterva de lerdos y memos pueblan los programas *rosamarillos* y las revistas de fotos con pies que despiden aroma cotillacasposo. No sé si sorprende más el sonrojante e impúdico exhibicionismo de su intimidad, o el voyeurismo de sus millonarias audiencias o masa de lectores. “El ala de la imbecilidad”, que sintió Baudelaire pasar sobre su cabeza, zurea sobre la mollera de estos menganos y fulanas, y su aleteo nos espanta, pues el vuelo de su

palabrería es entontecedor. Estos mindundis venden historietas de insidias a costa del morbo insaciable del prójimo. Las bocas de estos cantamañanas las prefiero cerradas, pues su halitosis de estulticia es insufrible. Merecen un punterazo en el trasero por sus opiniones culonas; parece que se entrenan para ser cada día más idiotas. Se ha abierto un supermercado revisteril-televisivo con cerebro de “*Todo a cien*” en el escaparate.

Como decía Tom Wolfe, artífice del llamado *Nuevo Periodismo*, hay gente que se compra un periódico por la misma razón que los indios comanches llevaban una pata de conejo colgada del cinturón, como tótem, como fetiche. Como periodista me acuso de estar en una profesión con muchos pecados, vicios mejor. Como el amiguismo, el compadreo con los políticos, ausencia de periodismo de investigación, tendencia a quedarse en la anécdota, insuficiente aportación de pruebas, excesiva voluntad de influir, actitud demasiado respetuosa frente a los poderes públicos. Las empresas se alinean con el Poder y el Dinero (políticos y bancos), con lo que difícilmente pueden cumplir su misión de neutralidad. La verdadera independencia del periodista es ser independiente con respecto a la empresa. Confieso que tenemos otro pecado gordo, el ombliguismo, personal y corporativo. La ética debe acompañar al periodista como el zumbido al

moscardón. Uno está tatuado de dudas a la hora de poner cada mañana acento a esta o a aquella noticia. Ayer no sabíamos lo que iba a suceder hoy y hoy no sabemos lo que acontecerá en breves momentos. Es nuestro signo de interrogación y de sorpresa que cada día colgamos al hombro. Quien con perras noticias se acuesta, con pulgas se levanta en el titular. Una tarde de café y copa me contó el amigo Manu Leguineche que estando en una reunión de damas en París le preguntaron a la mujer del director de un periódico que qué era su marido. Ella contestó: "PERIODISTA". Y alguna le dijo de inmediato: "No nos ha entendido bien. Queremos decir qué profesión ejerce". Sí, los periodistas no tenemos muy buena prensa. Se nos puede reprochar, en más de una ocasión, que el periodismo no está siendo notario de la actualidad sinoregonero o instrumento de otros poderes. A veces es como si la prensa sólo existiera para resaltar lo político. Y más que sus Pepitos Grillos somos sus voceras. También puedo decir que hay mucho periodista subido en el podio de la fama y no sale a la calle a mirar y contar lo que ve y oye. Lo efímero del periodismo es su grandeza y su miseria. La prisa y el espacio ha minimizado el Reportaje, que siempre fue la estrella de esta profesión.

Hay muchos periodistas de raza prostituidos en las tertulias de radio y TV a cincuenta mil pesetas,

más o menos, la intervención, pero que llevan años sin hacer una entrevista, sin dar una noticia. Hace poco escribió Juan Cruz en “*El País*” que sólo sobrevivirá este oficio si se le quitan gaitas y trompetas, artificio. A veces, casi cada vez, las crónicas publicadas parecen notas oficiales de los partidos políticos, de la policía, de los juzgados... Algunos colegas confunden deontología con alguna enfermedad de los dientes. Hoy los periódicos y los telediarios y los programas de radio, quizá sean más entretenidos, pero mucho menos serios, más banales, menos exigentes, más frívolos, menos periodísticos, más chismosos. El chisme agrada, pero el chismoso enfada. Aquella historia de aquel niño hondureño que engañó a todos los medios de comunicación fingiendo que había recorrido cinco mil kilómetros para localizar a su padre, ilustra de la miseria de nuestro periodismo. Nadie se preocupó e investigar la verdad de su relato. A todos les pareció verosímil y había que llegar rápido con la historia al telediario o al cierre de la edición. Y es que hoy, como dice Manolo Vázquez Montalbán, la *CNN* transmite las tragedias como si fueran programas de aeróbic conducidos por Jane Fonda. Como diría Arcadi Espada, el lema de la *CNN* es : “Si está sucediendo, quiero verlo” .

He venido aquí para decir lo dicho, que los periodistas somos jornaleros de la información y

siempre deberíamos tener una fuente ética y otras estética porque las cosas no son como son sino como se cuentan. El oficio de periodista está impregnado de un mito muy peliculero, falsamente legendario, pero en realidad somos cazadores de tigres muertos. El verdadero oficio de un periodista es la libertad. Nuestro único salario, nuestro negocio tendría que ser la libertad. El periodismo es demasiado importante para dejarlo en manos de los empresarios, por cuyas venas no corre el romanticismo de esta profesión sino euros. Estoy harto de las guerras mediáticas entre cabeceras y cabezotas. Me gusta cuando escucho a ciudadanos que me dicen que oyen la *COPE* y leen *El País* o que escuchan la *SER* y leen *El Mundo* o *ABC*. Y es que, ¿de verdad piensan tanto unos como otros que los lectores/oyentes van a creer en la bondad absoluta de unos y en la maldad ilimitada del contrario?. Empecé a escribir esto sin saber muy bien lo que iba a decir, y he terminado sin saber lo que he dicho. Quizá no está todo perdido mientras se está descontento de uno mismo. Estoy seguro que el receptor es capaz de percibir la trama de intereses económicos, odios, envidias, celos y rencores personales que se quieren ocultar bajo unas palabras escritas o pronunciadas. La prensa en España no es un Poder. Me lo ha dicho Manolo Martín Ferrand. Ni el cuarto ni el quinto. No le corresponde ordinal alguno. No. Dice Manolo que la prensa

es como la silicona, una masa útil para tapar agujeros y cubrir hendiduras. ¿Tiene mucho poder la prensa? Los que lo tienen son sus nuevos dueños. Pero esta es otra historia... Yo no estoy ni con los que mandan ni con los que obedecen, si acaso con los que luchan por la libertad de expresión. A veces, desde nuestra butaca conservadora y cobarde, las guerras y los crímenes del terrorismo se limitan a suceder lejos de la liga de fútbol y terminan por no significar otra cosa que un titular entre dos sorbos de café o tragos de cerveza; o el destello de unos minutos en TV o Radio entre dos anuncios de detergente o desodorante. Muchas veces hacemos alarde de nuestra prepotencia estúpida, de nuestro pensamiento-cebolla, muchas capas y nada dentro. Pienso que siempre será mejor consumir vanidades de la vida a consumir la vida en vanidades. Es mejor agitarse en la duda que descansar en la verdad absoluta, porque, como escribió Albert Camus, no existe la verdad, sólo verdades. Las cosas no son como son sino como se cuentan. Y si no se hablara de una cosa sería como si no hubiera sucedido. Cuesta levantar las faldas a la verdad. La hipocresía social impone la mentira piadosa para no revolver estómagos agradecidos. La verdad es un ácido que corroe las vísceras. La decadencia de la verdad es alarmante. Todos tenemos las espaldas bien cubiertas de mentiras. Con frecuencia sucede que la verdad no es verosímil,

porque la mentira, en su envoltorio de fraude, tiene más credibilidad. Como periodista, no seré certero en la opinión pero lo cierto es que practico todos los géneros periodísticos menos el de la adulación al poder o el del miedo a ETA. Se que antes que una profesión, el periodismo es una forma de compromiso con los demás. Estoy en ello. No voy a dejar de sembrar trigo por miedo a los gorriones. Acabo ya, amigos. Mientras agonizo, soy periodista. No me enorgullezco de ello. He sentido su presencia, no sé si su atención, pero sí el calor humano que se respira en este rincón de Huesca. El silencio también es una opinión. Adiós, amigos. Sólo quería decir que LA VERDAD ES LA NOTICIA. Hasta siempre en la libertad de expresión.

PERIODISTAS DE CINE

Tomás Delclòs

Cuando Woody Allen visita el infierno en *Deconstructing Harry* (1997), además de encontrarse al inventor de los muebles de metacrilato, resulta que la planta dedicada a medios de comunicación... está llena. No es la única película en la que los periodistas se merecen el fuego eterno. Howard Hawks incluye en *Barbary Coast* (La ciudad sin ley, 1935) una de las más tristes frases sobre el periodismo pusilánime dicha por un periodista hasta entonces claudicante: “Al infierno donde van los periodistas al morir, nos asentamos en despachos rojos con plumas de fuego y nos pasamos toda una eternidad escribiendo sobre el saludable clima de la región. Hagamos nuestro aprendizaje aquí, sensata e inteligentemente”.

A pesar de todo, no puede decirse que Hollywood haya maltratado a los chicos de la prensa. Menos benevolente ha sido con los de televisión. La Motion Picture Association hizo una encuesta en 1947 para rechazar que el cine se dedicaba a castigar la imagen del periodista. Según sus datos, de

398 filmes aprobados por la censura en 1945, en 77 aparecían periodistas. Concretamente 81 profesionales, 67 de los cuales eran retratados con simpatía; 9 de manera indiferente y sólo sobre cinco podía decirse que recibían leña. Las cifras del año siguiente eran más o menos parecidas. Aunque sean tipos mal hablados, mitad cowboy mitad policía, grandes fumadores y bebedores –al menos en el cine de los años treinta y cuarenta- el gremio no puede quejarse sobre su imagen en el cine: muchos de los guionistas de las películas más sarcásticas y, al tiempo, entrañables con este oficio habían trabajado como periodistas o, al menos, en un periódico. Lo fueron, por ejemplo, Ben Hecht y Charles MacArthur (*Primera plana*), unos instaladísimos reporteros. Lo era Herman J. Mankiewicz (*Ciudadano Kane*). Y también directores como Billy Wilder o Sam Fuller (*Park Row*, *Corredor sin retorno*). La existencia de un clisé sobre el periodista en el Hollywood clásico se refuerza por el hecho de que hubo un selecto grupo de actores y actrices que se reiteraron en este papel lo que daba al espectador una cierta familiaridad con el personaje... ya lo conocía de otros filmes. Según las cuentas de Maxwell Taylor, James Stewart hizo ocho películas como periodista y Lee Tracy, nueve. George Brent, Spencer Tracy, Walter Pidgeon, Cary Grant, y James Cagney, entre otros, hicieron cinco o más. Glenda Farrell, Claire Trevor,

Barbara Stanwyck, Joan Blondell y Claudette Colbert hicieron cuatro o más. En algunas películas aparecen periodistas auténticos integrados en la ficción. Los corresponsales de *ABC* y *La Vanguardia* saludan a la princesa de *Vacaciones en Roma* y varias de las estrellas de la *CNN* han intervenido en noticiarios de ficción. El filme *Contact* colmó la paciencia de la empresa que intentó restringir estas apariciones donde, por razones argumentales, el periodista da noticias falsas o sencillamente estúpidas. Temía un contagio en la credibilidad de sus reporteros. Si son capaces de mentir en un filme... ¿no mentirán en un noticiario?.

El historiador Richard R. Ness, en su filmografía imprescindible sobre el tema, censa unas 2.200 películas desde el inicio del cine hasta 1996. Ness incluye en la lista cualquier película en la que un periodista tenga un papel no subsidiario, pero en muchas de ellas, el periodismo no es el tema central ni se abordan los achaques de la profesión. En muchas, el periodista sirve para organizar la narración, mayoritariamente de misterio o de crímenes. Supuestamente, los filmes más veraces sobre este oficio serían aquellos que retratan la vida de uno de ellos. Winchell, Reuters, Pulitzer... pero la negación de esta hipótesis nos la da la extensa filmografía sobre Hearst. La mejor película inspirada en él, *Ciudadano Kane*, no lo cita.

El cine europeo ha frecuentado menos la figura del reportero y, cuando lo ha hecho, ha sido menos indulgente con sus vicios. El cine alemán, en particular, ha sido duro con ellos y, muy en especial, con la prensa sensacionalista. Al margen de otras explicaciones -por ejemplo, que la realidad periodística europea resulta más penosa-, hay un argumento claro. En Estados Unidos, la prensa libre está en el mito fundacional de la nación y merece un respeto como mito. Y los mitos, como se sostiene en *El hombre que mató a Liberty Valance*, este grandioso poema de amor de John Ford, no se contradicen. Precisamente su periodista Peabody, borracho e íntegro, tiene algunas frases tan grandiosas como falsas sobre nuestro oficio pero a las que se puede acudir para soñar en horas bajas: “Soy un periodista y no un político... no quiero ser uno de ellos, me destruiría. Yo soy vuestra conciencia, la débil voz que truena por las nubes. El perro guardián que aleja los lobos”.

Bibliografía básica

Ness, Richard R. From headline hunter to Superman. Scarecrow Press, 1971.

Barris, Alex. Stop the Press. A. Barbes, 1976.

Lavinia, Juan Carlos. Los chicos de la prensa. Nichel Odeon, 1996.

Christa Berger, editora. Journalism no cinema. Proyecto universitario de Fabico/NFGRS y CNPq. Brasil 2000.

EL RETO DE LA CALIDAD

(Máximas para mínimos)

Arcadi Espada

1. ¿Ha bajado la calidad media del periodismo?

No lo parece. No en rapidez. No en eficacia: mejor diseño y mejores condiciones técnicas para la escritura. ¿Y en cuanto al estilo? Ahí tengo dudas. Pero es probable que la escritura de la información convencional sea más limpia. Queda la verdad. La calidad del periodismo depende de su capacidad para aprehenderla. Hay grandes discursos sobre la capacidad manipuladora del periodismo contemporáneo. Pero querría recordar el libro de Paul Fussell sobre la segunda guerra mundial. Ahí afirma que los norteamericanos aún no han tomado conciencia auténtica de lo que fue aquella guerra. De lo que supuso en sangre, sudor y lágrimas reales. Y no la han tomado (conciencia) porque sus periódicos no se la explicaron.

2. ¿El nivel de calidad corresponde a la importancia que el periodismo ha acabado teniendo en las sociedades contemporáneas?

Los fundadores del periodismo moderno jamás pudieron imaginar que su oficio acabara organizando de manera semejante la sociedad. Hasta el punto de que hoy se habla sin rebozo de sociedad mediática. O se dice que lo que está en los medios no está. El triunfo tiene su lado despótico. El periodismo pretende someter todo a su mirada. Corre el peligro de morir de éxito. Aunque no debe despreciarse, en este sentido, la gran corrección que Internet ha supuesto al proponer una vía de comunicación y conocimiento que no es ya estrictamente periodística. Es decir, que no depende de la mediación. Hay tres amenazas claras para que la calidad de ese periodismo sea acorde con su importancia:

- la insuficiente formación ética y técnica de los profesionales.
- la confusión entre lo verosímil y lo veraz en el relato periodístico.
- la soberbia epistemológica: la tentación periodística de explicar el porqué de todas las cosas a través de la degradada y degradante fast truth.

DE DICTAR POR TELÉFONO A INTERNET

Joaquím Ibarz

Cuando en octubre de 1982 este periodista llegó a México -en plena crisis de la deuda y de la nacionalización de la banca- para asumir la corresponsalía de “La Vanguardia” en América Latina, no existía el fax, ni el ordenador portátil, ni el teléfono móvil y mucho menos Internet, la cámara digital y el teléfono satélite. Prácticamente los periodistas transmitían como en tiempos de la Primera Guerra Mundial: dictando por teléfono a secretarías o a taquígrafos de la redacción a quienes, para evitar errores que se escapaban de nuestro control, había que deletrear cualquier palabra que no fuera de uso corriente. Asimismo, existía un medio de transmisión, el télex, que si bien a gran parte os parecerá algo antediluviano, durante muchas décadas prestó un servicio invaluable a corresponsales de prensa de todo el mundo. En mi caso, me facilitó sobremanera el trabajo en países como Nicaragua, Honduras, Belice, El Salvador, Colombia, Perú, Bolivia, en los que en aquel entonces las líneas telefónicas eran muy deficientes.

Aunque eficaz, el télex era un medio de transmisión lento y caro. Te hacía perder tiempo y paciencia. En primer lugar, tecleando durante una hora o más en aquel enorme aparato que perforaba la cinta amarilla. El envío de una crónica de unas 70 líneas se podía demorar unos 30 minutos, lo que resultaba oneroso para las empresas. Tengo muy presentes las muchas horas que en los años ochenta tuve que pasar, en medio de un calor sofocante, en la mal iluminada sala de télex de Telcor, la empresa nacional de comunicaciones de la Nicaragua sandinista. Aparte de su lentitud, el télex tenía la desventaja de que la crónica llegaba a la redacción con todas las letras en mayúscula, por lo que los compañeros del periódico tenían que rescribirla por completo.

En El Salvador, las crónicas transmitidas por télex no llegaban directamente a la redacción del periódico sino que pasaban por las oficinas de prensa de las Fuerzas Armadas que, en más de una ocasión, las retuvo, lo que obligaba a protestar y protestar hasta que las liberaban entre comillas, en alguna ocasión con modificaciones en el texto. Algún compañero de la redacción que me conocía bien me llamó más de una vez para preguntar si lo que aparecía en el télex lo había escrito yo, dado que algunas frases le sonaban raro. Desde entonces, dictamos las crónicas por teléfono.

Además, el télex también tenía el inconveniente de que había que transmitir en oficinas públicas de telecomunicaciones, en donde quedaba una copia de nuestro escrito que uno no sabía qué destino podían darles. A este respecto narraré una anécdota que me ocurrió en Panamá en mayo de 1994. Mientras se estaba a la espera del resultado definitivo de unas reñidas elecciones celebradas dos semanas en que el caudillo panameño Arnulfo Arias disputaba la presidencia a Nicolás Ardito Barletta, hombre de paja del general Noriega, había logrado entrevistar al presidente del Tribunal Supremo Electoral, doctor César Quintero, quien por primera vez reconocía un fraude a favor de Barletta. “Ha habido fraude pero pequeñito, ha sido un fraudito porque a Barletta le dan ganador solo por 1.713 votos”. En esos días en Panamá habían manifestaciones gigantescas en contra del régimen militar. En una de ellas, la guardia nacional había dado muerte a cuatro opositores.

Tras transcribir la entrevista con César Quintero fui a una oficina pública de télex a transmitirla. Acabé pasadas las once de la noche de un sábado. Cuál no sería mi sorpresa cuando a la mañana siguiente, mientras me estaba duchando, la emisora de radio que estaba escuchando empezó a leer de pé a pá mi entrevista, que en “*La Vanguardia*” no aparecería hasta el día siguiente. El misterio se desveló porque al final de la entrevista, y después de

dar el nombre del autor, el locutor leyó como si formara parte del mismo trabajo un corto mensaje que yo había escrito al responsable de la sección de internacional en aquel día festivo. Recuerdo que más o menos decía así: “Alberto, este domingo no intentes localizarme porque iré a conocer la bahía de Portobello”. Tan solo el empleado que la noche anterior estuvo a cargo de la oficina de télex pudo facilitar la copia de mi trabajo a la emisora. Por cierto, desde entonces a Nicolás Ardito Barletta se le llama “Fraudito Barletta”.

Para la prensa, el decenio que va desde 1985 a 1995 fue verdaderamente la década prodigiosa. Se popularizó el fax, llegaron los primeros ordenadores, y por México y Centroamérica se empezó a conocer Internet. Casi inmediatamente después llegaron las cámaras digitales y el teléfono satélite. Todo esto en diez años, diez años que fueron fundamentales para el avance de las comunicaciones.

Las comunicaciones de prensa ya dieron un gran salto cuando a mediados de los años 80 se empezó a conocer el fax. Transmitir una crónica en medio minuto representaba una gran ventaja. Sin embargo, muchos hoteles tardaron bastantes meses en instalar el aparato. Aunque este corresponsal tenía la residencia en México, de hecho en aquellos años vivía entre Nicaragua y El Salvador, con algún viaje a un Perú ya acosado por Sendero Luminoso y las locuras

de Alan García, o a la Colombia en la que el narcotraficante Pablo Escobar, los paramilitares y el jefe guerrillero Tirofijo dictaban la agenda nacional.

La llegada del primer ordenador lo revolucionó todo. Hasta finales de los años ochenta no empezaron a distribuirse los primeros Tandy, unos ordenares portátiles muy rudimentarios. Aunque sólo tenían memoria para almacenar unas tres crónicas no muy extensas, su aparición nos cambió la vida: en cuestión de segundos podías retransmitir desde tu casa una crónica directamente al ordenador del periódico. En los hoteles había que ir a las oficinas de la administración para disponer de una línea directa de teléfono que no pasara por la centralita, la cual sólo nos la proporcionaba el fax.

Para transmitir con aquellos primeros ordenadores había que desmontar el teléfono y utilizar cables con unas pinzas que llamábamos “caimanes” para conectar; más tarde, se emplearon unas bases, como orejeras, para transmitir con el auricular del teléfono. Cuando se realizaba la conexión se escuchaba un fuerte ruido, que nos sonaba a gloria porque indicaba que la crónica se estaba pasando.

Aquellos ordenadores portátiles se fueron modernizando con celeridad. Si ahora un ordenador queda medio anticuado con tan solo dos años de funcionamiento, en aquel entonces, en los primeros años noventa, cada tres meses salía un modelo nuevo con grandes innovaciones técnicas con respecto a los

que estaban en el mercado, que apenas nos permitían asimilar. Salieron ordenadores con más memoria, luego aparecieron los ordenadores con disquetes.

Lo que verdaderamente nos cambió la vida fue la aparición de Internet. Como nos pasábamos la vida en Nicaragua, vivíamos un tanto al margen de la revolución informática que se estaba produciendo en el mundo. Creo recordar que en los primeros años noventa no empleaban Internet ni los periodistas de los grandes medios norteamericanos con los que teníamos bastante contacto en Managua. Internet vino de improviso, sin avisar. Yo no tenía ni noción de lo que era la red hasta que, estando en México, una buena amiga española, Dolly Mascareñas, que era la productora de la corresponsalía latinoamericana de la televisión japonesa Asahi, me habló de un invento que le permitía leer por el ordenador la revista *Caretas* de Lima (era la época del autogolpe de Estado de Alberto Fujimori). Le dije cómo podía ser eso, qué invento era ese. Entonces me aclaró que desde el ordenador portátil se podían leer los periódicos de casi todo el mundo y enviar mensajes a los amigos. Internet me despertó el estupor y la adoración, como cuando se inventó la luz eléctrica. En un primer momento me pareció ciencia ficción.

De hecho, Internet incluso ha contribuido a que cambiemos físicamente. Por estar horas y horas conectado a Internet habré sumado unos siete u

ocho kilos. Antes de trabajar con la red, disponía de más tiempo para leer, pasear, hacer algo de ejercicio. Ahora me paso buena parte del día ante la pantalla. Al tener que cubrir informativamente la mayoría de los países de América Latina, debo dedicar muchas horas a leer los periódicos más importantes del continente y a mantener correspondencia con muchos amigos que he hecho a lo largo de estos años, y que ahora los tengo repartidos por medio mundo. Gracias a Internet he hecho muchas y buenas amistades, en especial en Colombia y Venezuela, países en donde son muy sensibles a lo que se dice en el exterior sobre sus crisis internas. En la actualidad, una de mis mejores amigas es Iruña Urruticoechea, una venezolana, obviamente de origen vasco. La conocí cuando un día me envió un mensaje a propósito de un comentario que había escrito para *La Vanguardia digital*, un medio que me permite escribir dando opinión, que es lo que me gusta, sin preocuparme de la extensión. Hay que decir que Iruña es una de las personas más activas y animosas en la larga campaña para sacar al presidente Hugo Chávez del poder. En un viaje a Venezuela nos conocimos personalmente en el vestíbulo del Hotel Meliá Caracas. Me dijo sorprendida “Por los mensajes que me envías y por lo que escribes en el periódico creía que eras un chamo”. Chamo es una expresión venezolana que significa chico, joven, lo que en México dicen un chamaco. Y agregó: “Después de

nueve años trabajando en las redes, pocas veces me equivoco con la edad”. Se debió confundir por mi espíritu joven. Ni qué decir que desde entonces Iruña es un punto de referencia para los corresponsales españoles que frecuentamos Venezuela.

Estando en Chiapas en abril de 1995 para cubrir las negociaciones de paz entre el gobierno de Ernesto Zedillo y el Ejército Zapatista, que desembocarían en los incumplidos acuerdos de San Andrés Larráizar, conocí a Javier Bauluz, un excelente fotógrafo asturiano de la agencia *Associated Press* que ganó el Pulitzer por su cobertura de las matanzas de Ruanda. Javier quedó tan impactado por las atrocidades de que fue testigo en Ruanda que decidió dedicar tres meses a trabajar como cooperante, no como fotógrafo, con los indígenas de Chiapas. Gracias a él pude asistir a un encuentro de todos los fotógrafos latinoamericanos de la *Associated Press* con el jefe de fotografía de la agencia norteamericana. En el encuentro oí hablar por primera vez de la cámara digital, de la cámara sin rollo y sin revelado que permitiría transmitir las imágenes por Internet. Y con la misma rapidez que el Internet, la cámara digital se impuso en poco tiempo. A los corresponsales nos ha resuelto la ilustración de muchas crónicas de actualidad, porque con anterioridad la única opción para enviar fotos era recurrir a los servicios de mensajería de DHL o Federal Express, que como mínimo tardan 48 horas en la entrega.

En América Latina pocas veces he tenido necesidad de recurrir al teléfono satélite porque, excepto en una ocasión, siempre he tenido a mano una línea fija. Recuerdo que cuando en 1994 se produjo la invasión norteamericana de Haití para reponer a Aristide en la presidencia, conocí a un intrépido periodista de *El Mundo*, Javier Espinosa, que viajaba con un enorme maletón en el que llevaba su teléfono satélite. En medio del caos, junto con una Maruja Torres que todavía estaba traumatizada por la trágica muerte de su compañero fotógrafo en la invasión -también norteamericana- de Panamá, gracias a contactos que teníamos pudimos transmitir desde el centro de la atrasada telefónica local.

Enrique Serbeto fue mi salvador cuando en febrero del 2001 viajamos al feudo zapatista de La Realidad, donde el llamado subcomandante Marcos iba a dar una conferencia de prensa horas antes del inicio del “zapatour”, la gira por medio país que acabó con un mitin en la plaza del Zócalo de la capital mexicana. Gracias al satélite de Enrique pudimos transmitir aquella crónica. Y lástima que no tengamos una pantalla para proyectar una foto singular: los periodistas estábamos escribiendo sentados en el suelo, mientras una gallinas picoteaban los teléfonos satélites de Enrique Serbeto, corresponsal de *ABC*, y Juan Jesús Aznárez, enviado de *El País*, escena que presenciaban con asombro unos niños descalzos con barriga llena de parásitos.

Por último, como acto de reconocimiento quiero hacer una breve mención de agradecimiento a los dos jóvenes estudiantes de la universidad de Stanford que crearon *Google*, el buscador que nos ha resuelto y resuelve tantas papeletas cuando desde la redacción nos piden que en cuestión de minutos escribamos sobre algún tema del que apenas tenemos documentación.

La tecnología facilita sobremanera el trabajo del corresponsal. Aparte de poder transmitir con mayor seguridad, permite que estemos mucho mejor informados. Gracias a Internet y a la *CNN* recibida por satélite, se podrían cubrir acontecimientos de primera magnitud desde cualquier valle de los Pirineos. En el sitio más aislado toda la información está a nuestro alcance. Sin embargo, esas crónicas serían como frías notas de agencia. Les faltaría el enfoque y el calor personal del periodista. Nada sustituye el contacto humano, el vivir sobre el terreno lo que está ocurriendo, el poder conocer y tratar a los protagonistas de la historia noticiosa.

EL RECADERO DE PLA

Fernando García Mongay

De qué sirve escribir el mejor artículo si se pierde en el camino a la redacción? Antes del fax y el correo electrónico, ¿cómo llegaban los artículos a los periódicos si el que los escribía se encontraba a cientos de kilómetros? En España, el primer sello de correos apareció en 1850. Ese año se contabilizaron más de dieciocho millones de envíos. Pero fue en 1889 cuando se creó el Cuerpo de Correos y se amplió la presencia de los carteros a la mayoría de las poblaciones. Parece razonable pensar, por ejemplo, que, en 1905, Azorín enviaba por carta al periódico *El Imparcial*, que dirigía José Ortega y Munilla, el diario de viaje que realizaba siguiendo la ruta de Don Quijote. Pero hasta muy avanzado el siglo XX, los teletrabajadores del periodismo utilizaban también otros medios para que las cuartillas manuscritas llegaran puntualmente a las redacciones donde colaboraban.

Como es el caso de Josep Pla, que publicó su primer artículo en la revista *Destino* en septiembre de 1939. Cinco meses después comenzó a escribir

la sección semanal “Calendario sin fechas”. La última colaboración en la revista, que dirigía su paisano Josep Vergés, apareció en 1979. El escritor de Palafrugell falleció dos años después. Su obra completa, publicada por *Destino*, ocupa 45 volúmenes, alrededor de 29.000 páginas.

Durante casi cuarenta años, Pla envió a la revista sus artículos que casi siempre escribía en el mas de la familia, próximo a Llofriú, donde se recluyó tras la guerra civil española. De allí sólo salía para hacer algunos viajes a otros países. A veces, pasaba unos días en Barcelona. En invierno y en verano, Pla recorría a pie los 3 o 4 kilómetros que separan el mas de Palafrugell. No le amilanaba el frío. Iba al pueblo a comprar tabaco, a charlar con los amigos y a entregar sus artículos a un recadero que los llevaba a la redacción de *Destino* en Barcelona.

La casa natal de Josep Pla en el carrer nou de Palafrugell es ahora la sede de la Fundación Josep Pla. La directora de la fundación que guarda la biblioteca particular de Pla, Anna Aguiló, explica que el escritor utilizaba los servicios de Facundo Dalmau, un recadero ya fallecido. Pla tenía con Dalmau una relación directa y estrecha. Le entregaba los artículos y Dalmau los llevaba a *Destino*. Pla llamaba a este servicio “el ordinari”, que era el nombre que se empleaba muchos años atrás para referirse al transporte que se realizaba en carretas y diligencias.

De Palafrugell a Barcelona se puede ir en automóvil en menos de una hora y media. Pero hace cuarenta años al camión del transporte le costaba casi el doble recorrer alrededor de 120 kilómetros. Eso si no había pinchazo ni avería. El recadero Facundo Dalmau Portés dormía poco. Se levantaba a las cuatro de la madrugada. Subía al camión y junto con el conductor emprendían el viaje hacia Barcelona. Regresaban por la noche. Algunos días, si la climatología no acompañaba, llegaban a Palafrugell a media noche. El recadero trabajaba de lunes a sábado. El domingo, descansaba. Nunca condujo un camión. Ni siquiera un automóvil. Dalmau no tenía carné de conducir.

En Barcelona, Facundo cargaba con los paquetes y sobres de la empresa de transporte para la que trabajaba. En una cartera de mano llevaba “lo particular”. Una vez a la semana, Dalmau visitaba la redacción de Destino para dejar el sobre que contenía los papeles de Pla escritos con una letra menuda. El escritor le encargaba otras tareas como llevar dinero o ir al banco. A Dalmau no le importaba hacer esos recados porque admiraba a Pla y apreciaba su amistad. Aunque Facundo trabajaba, primero para Transportes Olivé y, desde 1943, en Transportes Reunits, Pla no acudía a los transportistas. Prefería ir a la casa de Dalmau, en la calle de las Torres dels moros de Palafrugell, charlar un rato y asegurarse de que sería

el propio recadero quien entregaría en Barcelona sus papeles. Clara Dalmau, la única hija de Facundo, que ha cumplido 70 años, está convencida de que su padre no cobraba a Pla por sus servicios. Cree que la relación iba más allá del trabajo y que para Pla su padre era “un hombre de confianza”.

Josep Pla escribía por la noche o a primera hora de la mañana. Por las tardes, “siempre estaba en Palafrugell”, explica Clara. Viniendo de Llofriu, la casa de Dalmau quedaba en el camino del centro de Palafrugell. Pla se encontraba con dos o tres amigos más y “hacían un poco de tertulia”. Si la cosa se alargaba, alguien llevaba a Pla en coche hasta el mas. Otras veces, para regresar, Pla cogía un taxi.

Clara Dalmau guarda pocas cosas de su padre relacionadas con Pla. Cuando Clara se casó con Adolfo, Josep Pla les regaló un ejemplar de la ‘Guía de Cataluña’. “Dedico esta guía a Adolfo Roca Badía, yerno de mi viejo y estimado amigo Facundo. Con el más grande afecto y agradecimiento. Mas Pla. 1976, Llofriu, mayo”, escribió en catalán como dedicatoria.

Clara y Adolfo están muy agradecidos a Pla. El escritor recomendó al yerno de Facundo para que entrara a trabajar en la oficina de “Los americanos”, una emisora que estaba en la playa de Pals”, dice Clara. El matrimonio guarda también un papel que

escribió Facundo en castellano. Se trata de una nota manuscrita donde se puede leer una biografía que, en pocas líneas, resume la vida de Pla. “Ha dedicado su labor a la revista *Destino*... Además de su gran labor en los libros, que son muchos”, escribe el recadero. Después, cita algunas obras del escritor y destaca la ‘Guía de Gerona’. Explica que vive en su “casa pairal mas Pla”. En el párrafo final muestra su gran admiración por el escritor de Palafrugell. “Debajo de su campana de fuego, que es muy grande, donde se pasa los días escribiendo sin parar, a pesar de sus 81 años. Es un infatigable gran escritor catalán”.

Facundo Dalmau se retiró en 1974 y falleció a principios de los años noventa. Su hija lo recuerda como un hombre más bien bajo, algo gordito, que tenía el pelo muy negro hasta que los años lo volvieron blanco. Guarda fotos de su padre cuando era joven donde aparece subido a una carroza en las fiestas de Palafrugell. “Era muy guapo”, dice cuando recuerda las imágenes. Nunca escuchó que su padre hablara mal de Pla. Por el contrario. El recadero estaba orgulloso de colaborar con el escritor para que sus artículos se publicaran en *Destino* todas las semanas. “La gente dice que Pla tenía mal genio. Pero mi padre nunca dijo nada malo. Pla era un buen hombre y un señor”.

ETIQUETAS

Mariano Gistaín

Maruja Torres ha citado en una de sus columnas de febrero de 2004 el dato de Tomás Delclós: en la ciencia ficción no aparecen periodistas. Tampoco hay columnistas, claro. Ya son las doce y media y aún no he escrito este texto que van a maquetar en Florida y van a imprimir en Huesca.

En Barbastro, a las doce del mediodía suena todos los días la sirena. Mi madre se sobresalta y dice, ¡oy, las doce! Es un resto sonoro de los bombardeos. Para que nadie se duerma. Cada día, cuando voy a hacer la columna -a veces dos-, pienso: esto no puede durar. Que te paguen por esto. Para seguir leyendo esta brasa hay que registrarse. Es gratis. Unsuscribe.

Tengo ofertas para poner publicidad en la web. Antes eran sólo de casinos y eso. Ahora son más serias. Sólo con leer los contratos ya me mareo. Leyendo esa jerga pierdo una mañana. Dinero automático. Clicas y ocurren cosas. Quizá el que firma la propuesta es un robot. O un root.

Me agobia un poco la web semántica, que todo se pueda etiquetar, el XML. Y a la vez me fascina. Esas marcas para delimitar y syndicar contenidos: título, artículo... ¿y no hay algo difuso, ambiguo, intermedio? También tiene su etiqueta esta línea que apunta a las etiquetas como si fueran ciencia ficción. Metametatag. Lenguaje de marcas sobre marcas. Harto del terror y la fascinación hacia el XML y sus derivados, invento ahora mismo el XXML. >>¿Ç<< ¿Para qué podría servir? Un blog es un bol de conciencia.

Lo que más me gusta estos días, de lo que ofrece el teclado (que es media vida) es el cero partido (ponedlo, por favor, en Miami, que ahora no lo encuentro). En HTML, ese cero aparece al teclear ø. Es como decir “hola”, “holash”.

Y la programación orientada a objetos. He leído dos o tres libros, sin entender nada, sólo por robar esas frases y que no me devore la ciencia ficción inmediata: el obsesionante Paradigma de Delclós. ¿Qué puede hacer un columnista obsoleto cuándo entremos en la ciencia ficción? Me gusta la palabra “fricciones” pero no sé para qué. Quizá es una etiqueta vacía. Y me gusta “novelink”, que es una novela de enlaces que nunca hago. Al final, o al principio, los esquemas siempre se hacen a lapiz. Eso dice Mark Danielewski, autor de *House of Leaves*. Los libros están al borde de algo.

Hay una cosa sobre el yo en las columnas: que me da vergüenza usar el yo. Mejor no recordar lo que escribe el maestro Arcadi sobre esta ocultación, recurrencia al “nosotros” y otros escamoteos. Lo bueno de la primera persona es que, en cuanto te quitas el miedo y la usas, el texto ya va mucho más rápido. Una vez que te declaras como “yo” (qué sea eso), lo demás sale de corrido. Usar el yo es salir de todos los armarios. Como decía Luis Buñuel que exclamaba alguien al ver a un cura por la calle: “ante semejante provocación...” ¿Qué etiqueta lleva el “yo” acolumnado?.

Colecciono nombres del spam. Bueno, no he empezado aún, pero lo voy a hacer. Siempre lo pienso. Esas mezclas que fabrica el algoritmo, o lo que sea, son el mejor proveedor de nombres que puede soñar un escritor, sobre todo si no escribe, o si sólo escribe e-mails. Ahora miro el correo y no hay ninguno. Es lo malo del spam: cuando lo necesitas no viene. Las mejores frases siempre salen a uña de e-mail, con ese desasosiego de vaciar carpetas. Casi todas se perderán, ay, “cómo lágrimas en la lluvia”.

Ah, aquí están, más vivos que las personas inmediatas, por la fuerza de las palabras, por la constancia: Evelyn Courtney, Sherry Landers... voy a abrir una galería de nombres para mis queridos ectoplasmas diarios, spamitas. El blog de Arcadi Espada empieza sobre periodismo, y cada día acaba

hablando de filosofía, de si existe la realidad, si se puede contar, si hay algo ahí fuera. Estoy enganchado a esos debates en persiana. Le he hecho una minientrevista a Arcadi. Una pequeña exclusiva en Texto Casi Diario. El columnismo es la ciencia ficción del día. En Barbastro está a punto de sonar la sirena. Qué sea la vida sino un trozo de XML.

Comentarios.

UN SOLO PERIODISMO

Gustavo Sierra

Qué es el periodismo? ¿El compendio de notas de análisis que hace cada semana *The Economist* desde Londres o el humor demoleedor de *The Clinic* (no se porqué le pusieron el nombre en inglés) que está ayudando a abrir a la oscura sociedad chilena? No lo sé. Sospecho que ambos. Aunque la pregunta me da pie para intentar responder otra pregunta que me hacen constantemente: ¿de qué sos periodista vos?. Y como ante el primer interrogante, la respuesta es “no se”. Lo confieso, a pesar de mis 27 años haciendo periodismo por buena parte del mundo, no tengo la menor idea acerca de “qué es el periodismo” ni “qué tipo” de periodista vengo a ser.

Desde que comencé a hacer trabajos multimedia en *Clarín* y desde que hice una serie de producciones de notas que en forma simultanea se publicaron en el diario *Clarín*, el noticiero de *Canal 13* de Buenos Aires y en la versión digital del periódico, me vienen haciendo la pregunta recurrente.

Hablé del tema con un médico amigo y me dijo que él sufría el mismo tipo de sobresalto cada vez que alguien lo miraba y le decía “¿y vos médico de qué sos?”. Es un especialista en emergencias y trabaja en las guardias de dos de los principales hospitales de Argentina. Su trabajo consiste en hacer un poco de todo. A él le llegan pacientes con la mayor diversidad posible de males. “No entienden. Mis interlocutores quieren que les diga algo que ellos puedan comprender de inmediato. Es por eso que para dejarlos tranquilos, muchas veces les digo “cirujano” y ya no hacen más preguntas”, me decía el médico amigo.

Supongo que esto debe suceder en una multitud de profesiones. La gente quiere definiciones rápidas al estilo de las que reciben en los programas de la televisión de preguntas y respuestas. Quieren saber al instante si ganó o perdió.

Lo insólito es que esa misma urgencia y liviandad aparezca entre los colegas y estudiantes avanzados de periodismo. Se obsesionan por saber qué tipo de periodismo práctico.

La confusión es tremenda cuando voy a Irak y no sólo escribo para el diario sino que envío videos con mi camarita web que se publican en *Clarín.com*, hablo con los principales tertulianos de la *Radio Mitre* de Buenos Aires, envío despachos para el noticiero del *Canal 13* y armo presentaciones multimedia.

Mis amigos, con los que comencé a trabajar en esta profesión hace casi tres décadas, se enojan porque dicen que le estoy quitando el trabajo a otros colegas. Los más jóvenes se preocupan porque dicen que no se puede hacer todo bien y que el que sabe escribir no sabe pararse ante una cámara. Y los jefes no saben como reaccionar ante un tipo de profesional que traspasa las fronteras de sus pequeños reinos.

Opto por dar esta posible explicación:

El periodismo y el periodista son uno sólo, de un sólo tipo. Y hay muchas herramientas (el manejo de la escritura, las imágenes y el audio). Los periodistas tenemos la obligación de saber usar con destreza todas y cada una de las herramientas. Tenemos un único capital que es la información y para hacerlo producir contamos con las herramientas. Cuantas más herramientas manejamos, más capital se acumula. El resultado es un solo periodismo transmitido por diferentes medios.

Otra cosa es que algún “vivillo” de pueblo quiera explotarnos y que nos convirtamos en una especie de *Kika* de Almodóvar con cámara pegada al casco, micrófono abierto constantemente y régimen laboral permanente. El periodismo y el periodista son uno sólo, pero debe ser reconocido y pagado por miles.

Sobre los autores

JORGE ALCALDE

Periodista, redactor jefe de Muy Interesante, colaborador científico de de la cadena Cope, peatón y miope. Le gustaría ser: más escéptico, mejor padre, menos miope.

MATÍAS ANTOLÍN

Alar del Rey, Palencia. Ha colaborado en los medios de comunicación más importantes, entre otros, los diarios El País, El Mundo, Diario 16, ABC, El Sol, Liberación; las revistas Tiempo y Tribuna, y además en TVE, Antena 3, RNE y la cadena COPE donde trabaja actualmente. Ha dirigido las revistas Cinema 2002 y Nueva Lente. Es autor de *Cine Marginal en España*, *El tiempo y los sueños*, *Agur ETA* y *Mujeres de ETA*. En febrero de 2004 ha publicado una biografía sobre el periodista Antonio Herrero.

TOMÁS DELCLÒS

Barcelona, 1952. Licenciado en Derecho y Ciencias de la Información. Fue periodista cinematográfico en Fotogramas y trabajó en las secciones de Espectáculos de Tele/Express y El Periódico. Actualmente es subdirector de El PAÍS y responsable del suplemento Ciberpaís.

ARCADI ESPADA

Barcelona, 1957. Es periodista. Escribe en el diario El País y es profesor de Lengua Española en los Estudios de Periodismo de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Desde el 1 de enero del 2004 escribe sus diarios en el weblog www.arcadi.espasa.com.

ANTONIO FRAGUAS, *FORGES*

Madrid, 1942. Humorista gráfico. En 1964 publicó su primer dibujo en *Pueblo*, de Madrid. Se dedica por completo al humor gráfico desde 1973. Colabora en *El Jueves*, *Interviú*, *Lecturas*, *Jano* y el diario *El País*. Ha hecho dos películas, tres series de televisión, un matrimonio, cuatro hijos y una nieta que se llama Valentina.

JOAQUÍN IBARZ.

Nacido en Zaidín (Huesca) en 1944, corresponsal de “La Vanguardia” de Barcelona en México y América Latina desde 1982. Llegó a México en 1982 para cubrir la nacionalización de la banca, la debacle del peso y la crisis de la deuda externa.

FERNANDO GARCÍA MONGAY

Escribe sobre tecnología e Internet en el periódico El País desde 1997. Es colaborador habitual de Ciberpaís, el suplemento de tecnología de El País, de la revista Muy Interesante y de Diario del Alto Aragón. Ha dirigido las cinco ediciones del Congreso Nacional de Periodismo Digital.

MARIANO GISTÁIN

Periodista y escritor. Publica una columna diaria en el Periódico de Aragón. En enero de 2004, obtuvo el premio *Blasillo de Huesca* al ingenio español en Internet por su página www.gistain.net.

GUSTAVO SIERRA

Buenos Aires, 1956. Periodista con 27 años de experiencia en la profesión. Ha trabajado en algunos de los medios de comunicación más destacados del mundo. Actualmente es prosecretario de la redacción de Clarín de Buenos Aires para cuyos lectores cubrió, entre otras historias, las guerras en Afganistán e Irak, las elecciones en México y Estados Unidos.

En el mes de noviembre de 2003, recibió el premio del Club Internacional de Prensa por la cobertura de la guerra de Irak que realizó para Clarín. *Bajo las bombas* es el título de su último libro publicado por Ediciones B en Argentina. Por su trabajo sobre los espaldas mojadas, junto con el equipo de Clarín.com, Sierra obtuvo el premio de periodismo digital José Manuel Porquet.

Cuando finalizó el Congreso Nacional de Periodismo Digital, en enero de 2004, la organización planteó la necesidad de festejar el quinto cumpleaños. Para hacerlo, se solicitó a los periodistas Jorge Alcalde, Matías Antolín, Tomás Delclós, Arcadi Espada, Joaquím Ibarz, Fernando García, Mariano Gistaín, Gustavo Sierra y al humorista gráfico Antonio Fraguas, *Forges*, que aportaran un texto para la publicación de *Los oficios del periodista*, un libro que pretende ser un regalo de cumpleaños para aquellos que año tras año han llenado la sala del congreso. También quiere ser un reconocimiento explícito para todos los que han colaborado de forma desinteresada en su consolidación, tanto ponentes como congresistas y patrocinadores.

